

San Juan de Luz 6 de Noviembre de 1950
 A la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. en el Exilio
 Toulouse

Queridos compañeros: En Junio último, dirigí al IV Congreso de nuestro Partido un mensaje donde, aludiendo a mi estado físico, decía:

"Mi incapacidad para actividades que la política exige es evidentiísima. No podría, aunque quisiera, desempeñar dentro del Partido funciones directivas de ninguna clase. Eso, compañeros, se acabó, se acabó definitivamente porque mi dolencia es incurable, y habrá de seguir agotándose, sin posibilidades de restablecimiento. Ante semejante situación, debéis comprender que los rogaros de orden moral que yo me hacía en 1948 para no aceptar el cargo con que me honrasteis, se han trocado en una imposibilidad material, contra la que sería absurdo rebelarse. Por eso pido que si alguien pensara en mí para algún puesto, desista de su propósito de proponerme o votarme."

No obstante ruego tan fundado, el Congreso me reeligió para los dos cargos que venía desempeñando: el de presidente del P.S.O.E. en el Exilio y el de su representante en el Comité de Exilio.

El tiempo transcurrido desde entonces constituye nueva demostración de la incapacidad alegada, pues continúa siéndome imposible concurrir a las reuniones de la Ejecutiva. Ciertamente tiene la atención de pedir mi parecer cuando algún asunto grave va a examinarse, pero en Partido de tan honda raíz democrática como el nuestro, semejante procedimiento entraña grave vicio. Nuestros acuerdos deben ser fruto de íntimos contrastes de opiniones, animados debates verbales que permitan una influencia recíproca en criterios previamente formados y, aunque yo haya tenido la satisfacción de ver a todos ustedes fundamentalmente acordados con propuestas mías, no dejó de reconocer los defectos del sistema.

Sin embargo, seguiría conservando esas representaciones si no acabase de sobrevenir sonado suceso que añada a la susodicha incapacidad un posible estorbo. Aludo a la resolución adoptada antecayer por la Asamblea general de la O.N.U. derogando las recomendaciones contra el régimen franquista vigentes desde 1946.

En carta que dirigí a ustedes el 5 de Octubre último respondiendo al requerimiento de Rodolfo Llopis de exponerme mi parecer y mis iniciativas sobre cuanto pudiera ocurrir en aquella Asamblea respecto al problema de España, fundamenté mi temor de que las aludidas recomendaciones fuesen abolidas y dije que si, encima, cual tenía y temo, el Gobierno de Washington, valiéndose del Export-Import Bank, prestaba auxilio económico a la España franquista, nuestra actitud política quedaría derruida, añadiendo:

"¿Por qué, a causa de tan temidas rectificaciones consideraría yo derruida la actitud política del Partido Socialista Obrero Español, plasmada en los ocho puntos de nuestro convenio con la Confederación de Fuerzas Monárquicas? Porque la eficacia de dicho convenio huba de basarla siempre en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brío, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Y si tales sinceridad y firmeza se disipan, quedarán quebrantados los principales cimientos de nuestra fórmula. Sin embargo, no logré descubrir, ni aún después de una probable orfandad internacional, otro procedimiento que el plebiscitario para resolver el problema político español. Siempre dije que debemos seguir defendiéndonos en las pocas trincheras que nos queden. Continuaré diciéndolo aunque se nos deje casi sin ninguna..."

Ahí queda mi opinión, pero Llopis me demanda, además, iniciativas. Expondré las pocas que se me ocurren.

El Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores deben agotar todos los recursos en defensa de nuestra desventuradísima España y para salvar su responsabilidad histórica ante la democracia mundial, expuesta a ser corroida con fraudes ideológicos, cometidos por guías capaces de abrir anchas puertas a una ilimitada reacción, bajo el pretexto que Rusia los causa.

El Partido y la Unión, dentro de sus órbitas respectivas, deben dar, con máximo vigor, la voz de alarma: el Partido ante el Consejo, la Americans For Democratic Action y la Organización Interamericana Pro Democracia, y la Unión ante la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales, llamando la atención de todos sobre las gravísimas consecuencias, acaso mal medidas por muchos - yo las estimo incalculables - de la amulación de elocuentes promesas, de solemnes compromisos y de sagrados deberes, porque si sobreviniera, multitudes que desde el campo democrático hacen frente con denuesto al comunismo staliniano, perderían su fe en los dirigentes de la lucha. Yo, desde luego, perdería la mía."

He empezado a perder mi fé viendo cumplida la primera parte del programa de rehabilitación y apoyo a Franco, mediante el acuerdo que anteaer adoptó la Asamblea general de la O.N.U. derogando las recomendaciones para que no hubiese en Madrid Embajadores o Ministros plenipotenciarios y no se admitiera a representantes franquistas en ninguna dependencia de dicha Organización.

Treinta y ocho delegaciones decidieron derogarlas, votando diez en contra y absteniéndose doce. Para mí, como demócrata, resultó bochornoso advertir que el Gobierno de Washington, guía de la democracia mundial, patrocinara preponderantemente tan mala rectificación, pero, como socialista, me sorprende mucho más que entre los diez votos contra Franco no figurase ni el de uno solo de los países europeos gobernados, total o parcialmente, por partidos socialistas pertenecientes al Comisco, donde nosotros militamos.

Mi fracaso es completo. Soy responsable de inducir a nuestro Partido a fiar en poderosos Gobiernos de origen democrático que no merecían confianza, según acaban de demostrar. Hice víctima al Partido de una ilusión que me deslumbró. ¿Hasta qué límites me llevará ahora el desencanto? No lo sé. Pero sé que cualesquiera actos o palabras que lo reflejen adquirirían resonancia oficial si yo desempeñara, aunque sólo fuese nominalmente, la presidencia del Partido y por eso la dimito. Mi fracaso justificaría el ostracismo, pero, además, no debo servir de estorbo. Recuerdo el incidente que suscité dentro del Comisco en 1948, la primera y única vez que concurrí a sus reuniones, por criticar con ásperas palabras el proceder de los partidos socialistas durante nuestra guerra. Mi juicio sobre su conducta actual sería mucho más duro, y al presidente del Partido acaso no le sea lícito producirse así, aunque al simple afiliado nadie pueda prohibírselo.

Dimito también la representación en el Comité de Enlace. Pese a que ciertos monárquicos debilitaron el convenio con vacilaciones absurdas, declaraciones incongruentes, y actos equívocos, entendí que debíamos mantenerlo por creer, conforme dije a ustedes hace un mes, que su eficacia se basaba "en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales". Disipadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir, aunque -lo repito- siga sin ataleyar camino distinto del plebiscito. El Partido, formado por las organizaciones del interior y del exilio, resolverá si, manteniendo este principio, debe dejar subsistente el Comité de Enlace o retirarse de él.

Me limito a exponer mi estado de conciencia. A nadie pido que renuncie a la lucha, ni yo renuncio a pelear dentro de aquella menguada órbita a que quebrantos de salud me reducen. Mi único recurso es la pluma. Sirviéndome de ella, y previendo situaciones acaso próximas, tracé una actitud personal, coincidente con la de León Blum: si se nos fuerza a optar entre el comunismo y Franco, no optaré por Franco. Pero en cuanto yo haga o diga, si el trance llega, no debo dar sensación de hacerlo o decirlo a nombre del Partido Socialista Obrero Español, y tal parecería si ocupara su presidencia.

Nuestro Partido, y con él la Unión General de Trabajadores, desplegaron ahora, como otras veces que surgió la amenaza de rehabilitar a Franco, el máximo esfuerzo cerca de partidos hermanos y de sindicatos amigos, pero en esta ocasión vencieron insensatos afanes de vincularle a la alianza antistalinista, prescindiéndose de toda clase de escrúpulos. La consumación de semejante vergüenza, iniciada descaradamente con el viraje de la O.N.U., sólo podría ser impedida por las organizaciones sindicales. Pero con actos, no con palabras.

Muy afectuosamente les saluda su amigo y compañero

Indalecio Prieto